Y… ¿Qué pasa con los frutos?

¿Hay fruto del trabajo misionero entre los musulmanes? ¡Si, hay fruto! ¿Se convierten los musulmanes? ¡Si, se convierten! Aunque es verdad que no se convierten tantos como a nosotros nos gustaría. Entonces, ¿por qué no nos enteramos?

Todos los que trabajamos llevando el evangelio a los pueblos musulmanes nos encontramos con la dificultad de no poder contar, claramente y con detalles, lo que el Señor está haciendo entre el pueblo musulmán por medio de nuestro ministerio. Debemos tener mucho cuidado ya que la seguridad, tanto de nuestros compañeros como la de los nacionales que llegan a conocer a Jesús como su Salvador, puede estar en peligro.

Este hecho ha ayudado a crear el mito de que los "musulmanes no se convierten" y a pesar, erróneamente, que todos los recursos, humanos y económicos, que se dediquen a este esfuerzo son nulos: un precio demasiado alto. Así lo ven, a menudo, las iglesias que viven en un contexto de avivamiento dónde, en pocos meses, se puede levantar una iglesia de casi un centenar de miembros. Además, con el presupuesto necesario para mantener un misionero en el campo, puedes mantener a tres pastores en el país.

Nosotros somos testigos de las conversiones y milagros que ocurren en los lugares menos pensados.

¿Qué entendemos por "frutos"?

Por lo general "frutos" son equiparados al "número de convertidos" sin tener en cuenta que, en el proceso de conversión de un musulmán, haya sido necesaria la intervención de varios misioneros y la vivencia de diferentes situaciones en la vida de dicho seguidor de Mahoma.

Por tanto, como Antonio Peralta, compañero en el ministerio entre los musulmanes escribe, frutos también son "los efectos, consecuencias o resultados de una vida unida a Cristo, en la que Él vive y tiene prioridad. Estos efectos o frutos son muy diversos y, así como Jesús lo prometió, se están dando en las vidas y a través de las vidas de sus discípulos, incluso en los duros campos musulmanes".

¿Merece la pena invertir en la evangelización de los musulmanes?

Para los misioneros a los que el Señor nos ha concedido el privilegio de llevar esperanza a los pueblos que tanto la necesitan, está fuera de toda duda: ¡Si, vale la pena! Nosotros somos testigos de la sed y la búsqueda de esperanza, de paz, del perdón de sus pecados, y del amor de Dios de esa gente que vive bajo la tiranía del Islam y encadenados por el enemigo. También somos testigos de las conversiones y milagros que ocurren en los lugares y ocasiones menos pensados. Podemos comprobar el precio que los musulmanes que creen en

Jesús, tienen que pagar en su propia carne a manos de su propia familia o comunidad. Muchas veces me he preguntado si habría tantos creyentes en nuestro país si tuvieran que perder su casa, su trabajo o sufrir tortura por causa de su fe.

Es cierto que un musulmán está tan perdido como nuestro vecino, pero nuestro vecino tiene muchas más oportunidades de conocer el evangelio y tener contacto con creyentes que un musulmán que vive en un país cerrado. ¿Cómo creerán si no hay quién les predique? ¿Cómo predicarán si no hay quién los envíe? ¿Cómo los enviarán si no ven la necesidad del mundo musulmán? Sigamos orando para que el Señor de la mies envíe obreros a la mies que tiene rostro musulmán.

Carmen González
Octubre 1999

Publicado en el “Salat” nº 41 de Diciembre 1999